

Habíamos confiado excesivamente en la técnica, la ciencia y la fuerza de los hombres. Descubrimos al hombre y su historia, el tiempo y el mundo, pero nos olvidamos de Dios y perdimos la perspectiva de lo eterno. Nos hemos sentido demasiado seguros en nosotros mismos.

Por eso, la primera condición para esperar de veras es ser pobre. Sólo los pobres – que se sienten inseguros en sí mismos, sin derecho a nada, ni ambición de nada – saben esperar. Porque ponen sólo en Dios toda su confianza. Están contentos con lo que tienen.

Los verdaderos pobres no son nunca violentos, pero son los únicos que poseen el secreto de las transformaciones profundas. Tal vez esto parezca una ilusión. No lo es si nos ponemos en la perspectiva del plan del Padre, incomprendible para nosotros, y de la acción del Espíritu. No olvidemos que los frutos del Espíritu son amor, alegría, paz (Gál. 5, 22).

Los tiempos difíciles se manifiestan cuando las cosas o los hombres nos aprisionan, limitan nuestra libertad, oscurecen el horizonte o nos impiden ser fieles al designio del Padre y a la realización de nuestra vocación divina. Los tiempos difíciles comenzaron cuando el demonio les hizo perder a los hombres la libertad con el pretexto de que iban a ser como dioses (Gén. 3, 5). Por eso, el tiempo de la esperanza comienza cuando el Hijo de Dios se despoja de la manifestación de su gloria y se hace siervo, obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Flp. 2, 8). El desposeimiento de Cristo – su anonadamiento y su muerte – nos abre los caminos de la riqueza y la libertad. «*Siendo rico se hizo pobre por nosotros a fin de enriquecernos con su pobreza*» (2 Cor. 8, 9). Así Cristo nos libera del pecado y de la muerte (Rom. 8, 2). Vino para hacernos libres (Gál. 5, 1), quitando por su muerte «*el pecado del mundo*» (Jn. 1, 29).

Una manifestación clara de la falta de pobreza es la seguridad en sí mismo y el desprecio de los otros. «*Te doy gracias, Señor, porque yo no soy como los demás hombres*» (Lc. 18, 11). Es el mismo pecado de excesiva seguridad personal que, aún en medio de la sinceridad de su amor por el Maestro, le hace peligrar y caer a San Pedro: «*Aunque todos se escandalicen de Ti, yo nunca me escandalizaré*» (Mt. 26, 33). En definitiva, el rico, el que se siente seguro en sí mismo, no necesita del Señor. Por eso nunca podrá creer de veras en Dios, cuya esencia es la bondad y la misericordia del perdón. Es interesante, por eso, la solemne confesión de fe de San Pablo: «*Es cierta y digna de ser aceptada por todos la siguiente afirmación: Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores: y el primero de ellos soy yo*» (1 Tim. 1, 15). Cuando uno, se siente pobre y miserable, Dios se hace particularmente cercano e íntimo. La conciencia clara y serena de la propia limitación y miseria hace que

entre en nosotros Jesucristo el Salvador. En María, la pobre, hizo maravillas el Todopoderoso, Aquel cuyo nombre es santo (Lc. 1, 48-49). Por eso María, la humilde servidora del Señor, cambió la historia.

Es interesante comprobar que los tiempos se vuelvan particularmente difíciles cuando cada uno cree tener la clave infalible para la solución de todos los problemas. Cuando, por ejemplo, en la Iglesia algunos creen que son los únicos pobres y que han entendido el Evangelio, que han descubierto el secreto para hacer más transparente y cercano a Jesucristo o que son los únicos verdaderamente comprometidos con la liberación del hombre, mientras otros sienten que son los únicos fieles a la riqueza de la tradición o se sienten maestros infalibles de sus hermanos. O también en la sociedad civil, cuando se piensa superficialmente que los otros no hicieron nada y que la única fórmula para transformar el mundo la posee uno. El fracaso sucesivo de los hombres – con la consiguiente desilusión para los jóvenes – tendría que ser un llamado a la pobreza. La pobreza no es sólo una virtud cristiana; es actitud necesaria y primerísima para los hombres grandes. Las tensiones se originan con frecuencia por el pretendido derecho a la exclusividad de la verdad y de la santidad. La paz sólo se da entre corazones disponibles; y la disponibilidad supone la pobreza.

La esperanza cristiana se apoya en la omnipotencia y bondad de Dios. Para apoyarse en Dios hace falta ser pobre. La pobreza cristiana es total desposeimiento de sí mismo, de las cosas, de los hombres. Es hambre de Dios, necesidad de oración y humilde confianza en los hermanos. Por eso María, la pobre, confió tanto en el Señor y comprometió su fidelidad a la Palabra (Lc. 1, 38). El canto de María es el grito de esperanza de los pobres.

Esta misma meditación sobre la esperanza para los tiempos difíciles tiene necesariamente que mantenerse en una línea de pobreza. Por eso es extremadamente simple. Si pretendiera ser técnica y agotar el tema o enseñar a otros a corregirlos, dejaría de ser una manifestación de Dios a los pobres. Dejaría de ser pobre. Sólo tiene que ser una sencilla comunicación de Dios para despertar las verdades profundas sembradas en el corazón del hombre y una preparación para recibir la Verdad completa, que es Cristo. (Jn. 16, 33).

La esperanza es una virtud fuerte, pero gozosa y serena. Hay aquí un parentesco con la pobreza. La pobreza real es fuerte, pero no agresiva; en algunas circunstancias es muy dolorosa, pero nunca deja de ser serena y alegre. El pobre espera al Señor más que el centinela la aurora (Sal. 130, 5-6), y tiene fijos sus ojos en el Señor, como la esclava en manos de su señora. (Sal. 123, 2).

La pobreza y la esperanza hacen centrar nuestros deseos y seguridad en Jesucristo. La pobreza nos abre a Jesucristo nuestro Salvador. La esperanza nos hace tender hacia su encuentro. Nos hace pensar también en María, que sintetiza el «pequeño resto» de «los pobres» que en Israel esperaban la salvación. En María, la pobre, se cumplieron la plenitud de los tiempos. Por eso es la Madre de la Santa Esperanza.

IV. ESPERANZA Y CONTEMPLACIÓN

«Sed alegres en la esperanza, pacientes en la tribulación, perseverantes en la oración» (Rom. 12, 12).

Únicamente sabe esperar bien el contemplativo. Porque la ilusión de lo inmediato puede hacernos perder la realidad de lo profundo y la presencia de lo definitivo. La esperanza es eso: la fruición anticipada de lo futuro. Como la eternidad será la fruición definitiva de lo esperado. Aquí también encontramos aplicadas las bienaventuranzas: sólo los limpios de corazón tienen capacidad para ver a Dios (Mt. 5, 8).

La esperanza supone mucho equilibrio interior. En general nos angustiamos y desesperamos cuando no tenemos tiempo y tranquilidad para rezar. Los monjes no sólo nos pacifican porque son un signo de lo que ha de venir (de los bienes futuros que esperamos), sino porque nos introducen en lo invisible de Dios y nos hacen experimentar ahora su presencia. La experiencia de Dios en la oración nos inunda de «la alegría de la esperanza» (Rom. 12, 12). Por eso es tremendo cuando un monje deja la contemplación atraído por la ilusión de transformar el mundo por una actividad inmediata. Su modo específico de cambiar el mundo, de construir la historia y de salvar al hombre, es seguir siendo profundamente contemplativo. Verdadero hombre de Dios y maestro de oración. Es decir, un auténtico vidente.

La contemplación, sin embargo, no es olvido de la historia ni evasión de la problemática del mundo. Sería un modo absurdo de complacerse en sí mismo, dejando siempre en la penumbra al Señor. La contemplación verdadera es don del Espíritu Santo. Sólo se la sigue con limpieza de corazón y con hambre de pobres.

La contemplación nos hace descubrir el plan de Dios y el paso del Señor por la historia, la actividad incesantemente recreadora del Espíritu. Un verdadero

contemplativo nos hace comprender tres cosas: que lo único que importa es Dios, que Jesús vive entre los hombres y peregrina con nosotros hacia el Padre, que la eternidad está empezada y marchamos con Cristo hacia la consumación del reino (1 Cor. 15, 24).

La contemplación nos descubre permanentemente a Jesucristo «nuestra esperanza» (1 Tim. 1, 1). Nos hace presente al Señor en los momentos difíciles: «Soy yo, no tengan miedo» (Mc. 6, 50). Nos abre a los hermanos: «Todo lo que a ellos hicieren, me lo hacen a mí» (Mt. 25, 40).

Hay aspectos que interesan esencialmente a la esperanza y que son fácilmente captables por los contemplativos: la penetración en los bienes invisibles, la pregustación de los bienes eternos, la cercanía e inhabitación del Dios omnipotente y bueno, la valorización del tiempo y del hombre, la presencia de Jesucristo en la historia, el dinamismo de la creación hacia su definitiva recapitulación en Cristo (Rom. 8, 18-25; Ef. 1, 10), la actividad incesantemente recreadora del Espíritu Santo que habita en nosotros y que resucitará nuestros cuerpos mortales (Rom. 8, 11), configurándonos al cuerpo de gloria de Nuestro Señor Jesucristo (Flp. 3, 21). La esperanza es esencialmente un camino hacia el encuentro definitivo con el Señor (1 Tes. 4, 17), apoyándonos en el Dios que nos ha sido dado en Jesucristo.

Pero hace falta vivir en comunión para esperar de veras; la caridad es, por eso, esencial a la esperanza cristiana (Santo Tomás 2, 2, 17, 3). Hay veces, incluso, en que nos hace falta esperar con la esperanza de los amigos. Cuando el cansancio o el desaliento nos hacen desfallecer – como a Elías en el desierto – siempre hay alguien que nos grita en nombre del Señor: «Levántate y come, que aún te queda un largo camino» (1 Re. 19, 7).

La contemplación es esa capacidad para descubrir enseguida la presencia del Señor en los amigos como instrumentos de Dios. Como los cansados discípulos de Emaús lo reconocieron en la fracción del pan (Lc. 24, 35).

Los tiempos difíciles tienen que ser penetrados por eso desde la profundidad de la contemplación. Nos hace ver lejos y a lo hondo. También nos descubre las causas del mal: por qué suceden tales cosas. Sobre todo, nos hace descubrir a cada rato el plan salvífico de Dios en medio de los desconcertantes y absurdos acontecimientos humanos. Por la contemplación nos aseguramos que lo imposible de los hombres se hace posible sólo en Dios.

Es importante comprender que los caminos de Dios son misteriosos y no coinciden con frecuencia con los caminos de los hombres. Si las cosas se vuelven

dificiles es porque los hombres tuercen o cambian los caminos de Dios. Siempre me impresiona en los Hechos la actitud de Pablo: «*se lo prohibió el Espíritu Santo*» (Hch. 16, 7).

Pero, sobre todo, la contemplación nos pone a la escucha humilde y dócil de la Palabra de Dios: allí se nos comunica, siempre en el claroscuro de la fe, que quiere Dios de nosotros, por qué suceden ciertas cosas, qué tenemos que hacer para cambiar la historia. María cambió la historia de esclavitud en historia de libertad con aquella libertad con que nos liberó Cristo: (Gál. 5, 1), por su humilde disponibilidad de esclava del Señor.

La contemplación nos pone en contacto vivo con la Palabra de Dios; y allí saboreamos la historia de la salvación y aprendemos a gustar cómo Dios «*ha visitado y redimido a su pueblo*» (Lc. 1, 68). En la contemplación de la Palabra de Dios entendemos en concreto cómo Dios puede separar las aguas para que pasen los elegidos (Ex. 14, 21-23), y luego juntarlas para sepultar a los que persiguen, cómo un pequeño pastor sin armadura puede derribar de un hondazo al gigante que amenaza al pueblo (1 Sam. 17, 49). Comprendemos, sobre todo, cómo no hay momentos imposibles para Dios; que hay que saber aguardar con paciencia; y que la salvación nos viene de los más humanamente inesperado («*de Nazaret puede salir algo bueno*», Jn. 1, 46; cf. 1 Cor. 1, 27-28).

Los contemplativos tienen una gran capacidad continuamente la Palabra de Dios por el Espíritu, haciéndola prodigiosamente actual. Para que no pensemos con pesimismo que «*ya no hay remedio*», que los tiempos nuestros son «*los más oscuros y difíciles de la historia*».

San Juan, el contemplativo, escribía en tiempos difíciles a los jóvenes de su tiempo: «*Les escribo, jóvenes, porque son fuertes y la Palabra de Dios permanece en ustedes y han vencido al maligno*» (1 Jn. 2, 14). ¿No será por eso que los jóvenes aman hoy más que nunca la contemplación y buscan el desierto y la fecundidad de la Palabra? ¿No será porque sienten en carne viva lo difícil de los tiempos que vivimos y que el único modo de superarlos es armarse de fortaleza en el Espíritu y dejar que la Palabra de Dios inhabite por la contemplación en sus corazones? Los tiempos difíciles son los tiempos aptos para la pobreza, la contemplación y la fortaleza de los jóvenes. Por eso son los más aptos para su esperanza.

La contemplación nos ayuda a descifrar el misterio de la cruz, a superar su escándalo y su locura (1 Cor. 1, 23); nos hace vencer el miedo y la desesperación, porque nos ayuda a gustar la alegría y la fecundidad de los sufrimientos (Gál. 6, 14; Col. 1, 24; Jn. 12, 24). El miedo, la angustia y la tristeza, pueden coexistir

transitoriamente con la contemplación. Coexistieron en la profundidad dolorosamente serena de la oración de Cristo en el Huerto (Lc. 22, 39ss). Pero todo se resuelve enseguida en la entrega incondicional, absoluta y enteramente filial, a la voluntad del Padre: «*no se haga mi voluntad sino la tuya*» (Mt. 26, 39). Aprendemos así que la oración es muy simple y serena, que la oración es entrar sencillamente en comunión con la voluntad adorable del Padre: «*Sí, Padre, porque ésta ha sido tu voluntad*» (Lc. 10, 21).

La contemplación nos equilibra interiormente porque nos pone en contacto inmediato con Jesucristo «*nuestra Paz*» (Ef. 2, 14), y por su Espíritu, que grita en nuestro silencio con gemidos inexpresables (Rom. 8, 26), nos hace saborear los secretos del Padre. Nos hunde en la profundidad del amor; y el amor echa fuera el temor (1 Jn. 4, 18).

Una de las experiencias más hondamente humanas es el miedo. Pero Jesucristo vino a liberarnos del miedo; por eso El mismo se sujetó transitoriamente a la experiencia del miedo (Mc. 14, 33). Pero nos pidió que no tuviéramos miedo (Jn. 14, 1 y 27). La experiencia del miedo es fundamentalmente buena, cristiana, propia de los pobres. Lo que no es cristiano es la angustia de un miedo que destruye y paraliza, que cierra a la comunicación de los hermanos y a la confianza sencilla en el Dios Padre.

Por eso el Evangelio de la salvación y de la gracia es una continua invitación a la serenidad, una permanente exhortación a que no tengamos miedo: la Anunciación. (Lc. 1, 30), el Nacimiento (Lc. 2, 10), la Resurrección (Mt. 28, 10). «*No tengan miedo*».

V. FORTALEZA Y ESPERANZA

«*Nos gloriamos hasta de las mismas tribulaciones, porque sabemos que la tribulación produce la constancia; la constancia, la virtud probada, y la virtud probada, la esperanza. Y la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado*» (Rom. 5, 3-5)

San Pablo siente, como Jesucristo, la gloria y la fecundidad del sufrimiento. «*Yo sólo me gloriaré en la cruz*» (Gál. 6, 14). Es la cruz, interna y externa, asumida con gozo por la Iglesia y el mundo: «*ahora me alegro de poder sufrir por ustedes y completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo, para bien de su Cuerpo, que es la*

Iglesia» (Col. 1, 24). Esa misma dicha de sufrir por Cristo la desea de corazón a sus hijos a quienes pide que sigan siendo «*dignos seguidores del Evangelio de Cristo... sin dejarse intimidar para nada por los adversarios. Dios les ha concedido la gracia, no solamente de creer en Cristo, sino también de sufrir por Él*» (Flp. 1, 27-30).

Pero esta felicidad honda del sufrimiento se conecta con la firmeza de la esperanza. Y la esperanza, a su vez, toma su fuerza en el amor del Padre manifestado en Cristo Jesús (Rom. 8, 39) y comunicado a cada uno por el Espíritu Santo que nos fue dado.

La esperanza exige fortaleza: para superar las dificultades, para asumir la cruz con alegría para conservar la paz y contagiársela, para ir serenos al martirio. Nunca ha sido virtud de los débiles o privilegio de los insensibles, ociosos o cobardes. La esperanza es fuerte, activa y creadora. La esperanza supone lo arduo, lo difícil, aunque posible (S. Tomás). No existe esperanza de lo fácil o evidente. «*Cuando se ve lo que se espera, ya no se espera más, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? En cambio, si esperamos lo que no vemos, lo esperamos con constancia*» (Rom. 8, 24-25).

Los tiempos difíciles exigen fortaleza. En dos sentidos: como firmeza, constancia, perseverancia, y como compromiso activo, audaz y creador. Para cambiar el mundo con el espíritu de las bienaventuranzas, para construirlo en la paz, hace falta la fortaleza del Espíritu. «*Recibirán la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre ustedes y serán mis testigos*» (Hch. 1, 8). La primera condición para un testigo de la Pascua – es decir, de la esperanza – es la contemplación (haber visto y oído, haber palpado la Palabra de la Vida, 1 Jn. 1, 1-5); la segunda es la cruz (ser hondamente incorporado a la muerte y resurrección del Señor, Rom. 6, 3-6); la tercera es la fortaleza (la capacidad para ir prontos y alegres al martirio).

En los tiempos difíciles hay una fácil tentación contra la esperanza: ponerse inútilmente a pensar en los tiempos idos o soñar pasivamente en que pase pronto la tormenta, sin que nosotros hagamos nada para crear los tiempos nuevos. La esperanza es una virtud esencialmente creadora; por eso cesará cuando, al final, todo esté hecho y acabado. El cielo será el reposo conseguido por la búsqueda de la fe, la constancia de la esperanza y la actividad del amor (1 Tes. 1,3). La felicidad eterna será eso: saborear en Dios para siempre la posesión de un Bien intuido por la fe, perseguido en la esperanza y alcanzado por el amor.

Pero la fortaleza no es poderío ni agresividad. Hay pueblos que no tienen nada, que esperan todo, y son inmensamente felices. Porque son providencialmente fuertes en el Espíritu. Poseen a Dios y gustan en el silencio de la cruz su

adorable presencia.

Para ser hombre de paz hay que ser fuerte: sólo los que poseen la fortaleza del Espíritu pueden convertirse en operadores de la paz (Mt. 5, 5).

La fortaleza es necesaria para asumir la cruz con alegría, como el gran don del Padre, que prepara la fecundidad para los tiempos nuevos. Hay un modo de vivir la cruz con amargura, resentimiento o tristeza. Entonces la cruz nos despedaza. Pero la cruz es inevitable en nuestra vida y, para los cristianos, es condición esencial del seguimiento de Jesús. No fuimos hechos para la cruz, pero es necesario pasarla para poder entrar en la gloria (Lc. 24, 26). Hay almas privilegiadas que sufren mucho; más todavía, su gran privilegio es la cruz. Los amigos, como en el caso de Job, quisieran evitársela. También Pedro, cuando no entiende el anuncio de la pasión (Mt. 16, 22). O como en la crucifixión del Señor, los judíos quisieron verlo descender de la cruz para creer en Él (Mt. 27, 42). Hoy más vale creemos a un hombre que nos habla desde la cruz un lenguaje de alegría y de esperanza. Porque su testimonio nace de una profunda experiencia de Dios.

Un pueblo que sufre puede caer en la resignación pasiva y fatalista o en la agresividad de la violencia. Hay que amarlo entonces con la fortaleza del Espíritu para hacerlo entrar por el camino de la esperanza. Aunque parezca que la tierra prometida está muy lejos y que la esperanza de los Profetas – que anuncia castigos y exige conversión – sea una ilusión inútil. ¿Cómo puede hablarse de esperanza cuando tantos niños mueren cotidianamente de hambre, cuando tantos pueblos padecen miseria y opresión? ¿Cómo puede hablarse de esperanza cuando se multiplican las injusticias, las acusaciones falsas, los secuestros, las prisiones y las muertes? ¿Cómo puede hablarse de esperanza cuando la Iglesia es herida adentro y cuestionada la persona y autoridad del Papa y los obispos?

Sin embargo, es entonces cuando los cristianos verdaderos tocan la esencia de su fidelidad a la Palabra, creen de veras en el Dios que nunca falla y arrancan del corazón de la cruz la esperanza que necesitan comunicar a sus hermanos. Los hombres tienen derechos a que nosotros esperemos contra toda esperanza, seamos constructores positivos de la paz, comunicadores de alegría y verdaderos profetas de esperanza.

Hay que prepararse para el martirio. Hubo un tiempo en que leíamos con veneración, como historia que nos conmovía y alentaba, el relato de los mártires. Hoy, quien se dedica a vivir a fondo el Evangelio, debe prepararse para el martirio. Lo peor es que, en muchos casos, se apedrea y se mata «*en nombre de Jesucristo*». Es el cumplimiento de la Palabra del Señor: «*Les he dicho esto a fin de que no*

sucumban a la prueba... Llega la hora en que quienes les mate tendrá el sentimiento de estar presentando un sacrificio a Dios. Se los digo ahora a fin de que cuando llegue el momento, se acuerden de que o se los había ya dicho» (Jn. 16, 1-4).

Para esta disponibilidad gozosa para el martirio hace falta sobre todo la fortaleza del Espíritu. Jesús prometió el Espíritu a sus Apóstoles para predicarlo «con potencia» – como fruto de una experiencia o contemplación palpable y sabrosa y para ir gozosos al martirio.

Estamos en el puro corazón del Evangelio. Jesús fue rechazado por los suyos, perseguido y calumniado, encarcelado, crucificado y muerto. También los Apóstoles. Pero vivieron con alegría su participación en la cruz de Cristo y se prepararon con paz a su martirio. «Alegres por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre de Jesús» (Hch. 5, 41).

Pablo sigue predicando desde la cárcel; su gran título es éste: «yo, el prisionero de Cristo» (Ef. 4, 1). Hay en los Hechos un pasaje hermosísimo, tierno y fuerte al mismo tiempo, que nos revela la honda y gozosa disponibilidad de Pablo para el martirio; es cuando se despide de los presbíteros de Efeso: «Miren que ahora yo, encadenado por el Espíritu, me dirijo a Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá; solamente sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me testimonia que me aguardan prisiones y tribulaciones» (Hch. 20, 22-23). Pero Pablo se siente inmensamente feliz – es lo único que cuenta para él – con ser fiel al ministerio recibido de dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios.

Hoy sufren martirios las personas, las comunidades cristianas y los pueblos. Hay una tentación fácil y peligrosa de politizar el Evangelio. Pero también hay un deseo evidente de acallar el Evangelio o de reducir a esquemas intemporales. Se acepta fácilmente un Evangelio que proclama la venida de Jesús en el tiempo y anuncia su retorno, pero molesta el Evangelio que nos dice que Jesús sigue viviendo con nosotros hasta el final del mundo y nos exige cotidianamente compromisos de justicia, de caridad fraterna, de inmolación al Padre o de servicio a los hermanos. «La Iglesia tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos, de ayudar a que esta liberación nazca, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea verdaderamente total. Todo esto no es extraño a la evangelización» (Evangelii nuntiandi, 30).

Todo lo que hace al compromiso evangélico del cristiano – glorificador del Padre, servidor de los hombres y constructor de la historia – es considerado como peligroso y subversivo. Y sin embargo, el Evangelio tiene algo que decir en todo esto y tiene que ser fermento de paz y salvación para el mundo concreto de

la historia – orden económico y social, orden político – en que se mueven los hombres. Para ser fiel a la totalidad del Evangelio hace falta fortaleza.

Finalmente hay algo que exige particular fortaleza: es el equilibrio del Espíritu para los tiempos difíciles. Puede haber el riesgo de evadarnos en la indiferencia, la insensibilidad o el miedo. Puede haber también el riesgo de dejarnos arrastrar por la tormenta o por la euforia fácil del éxito inmediato. No querer cambiar todo, desde afuera y enseguida.

Una de las características fundamentales – tal vez la primera, según el Concilio Vaticano II y Medellín – de los tiempos nuevos es el cambio. Cambios acelerados, profundos y universales. Precisamente por eso los tiempos nuevos resultan enseguida los tiempos difíciles. Cambiarlo todo desde adentro, con la luz de la Palabra y la acción del Espíritu, no es cosa fácil. El cambio no es una simple sustitución; mucho menos, la rápida destrucción de lo antiguo. El cambio es creación y crecimiento; es decir, desde la riqueza de lo antiguo, ir creando el presente y preparar el futuro.

Los tiempos difíciles pueden perder el equilibrio. Pero la falta de equilibrio agrava todavía más la dificultad de los tiempos nuevos. Porque se pierde la serenidad interior, la capacidad contemplativa de ver lejos y la audacia creadora de los hombres del Espíritu. Cuando falta el equilibrio aumenta la pasividad del miedo a la agresividad de la violencia.

Los tiempos difíciles exigen hombres fuertes; es decir, que viven en la firmeza y perseverancia de la esperanza. Para ello hace falta hombres pobres y contemplativos, totalmente desposeídos de la seguridad personal para confiar solamente en Dios, con una gran capacidad para descubrir cotidianamente el paso del Señor en la historia y para entregarse con alegría al servicio de los hombres en la constitución de un mundo más fraterno y más cristiano.

Es decir, hacen falta «hombres nuevos, capaces de saborear la cruz y contagiar el gozo de la resurrección, capaces de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, capaces de experimentar la cercanía de Jesús y de contagiar al mundo la esperanza. Capaces de experimentar que «el Señor está cerca» (Flp. 4, 4), y por eso son imperturbablemente alegres, y de gritar a los hombres que «El Señor viene» (1 Cor. 16, 22), y por eso viven en la inquebrantable solidez de la esperanza.

Hombres que han experimentado a Dios en el desierto y han aprendido a saborear la cruz. Por eso ahora saben leer en la noche los signos de los tiempos, están dedicados a dar la vida por sus amigos y, sobre todo, se sienten felices de

sufrir por el Nombre de Jesús y de participar así más hondamente en el misterio de su Pascua. Porque, en la fidelidad a la Palabra han comprendido que los tiempos difíciles son los más providenciales y evangélicos y que es necesario vivirlos desde la profundidad de la contemplación y la serenidad de la cruz. De allí surge para el mundo la victoria de la fe (1 Jn. 5, 4), que se convierte para todos en fuente de paz, de alegría y de esperanza.

CONCLUSIÓN

*«Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer y sometido a la ley, a fin de rescatar a los que se hallan bajo la ley, a fin de que recibiéramos la filiación adoptiva»
(Gál. 4, 4-7).*

La plenitud evangélica de los tiempos difíciles está marcada por la presencia de María *«de la que nació Jesús, llamado Cristo»* (Mt. 1, 16). Cuando los tiempos difíciles irrumpieron en la historia por el pecado del hombre, María Santísima fue anunciada proféticamente (Gén. 3, 15) como partícipe en la salvación del hombre. Cuando *«la llena de gracia»* (Lc. 1, 28) dijo que Sí, los tiempos difíciles se convirtieron en tiempos de salvación. Siguió siendo difíciles – más marcados con la cruz que antes: *«será signo de contradicción y una espada traspasará tu alma»* (Lc. 2, 34-35) –, pero no imposibles. Porque *«para Dios nada hay imposible»* (Lc. 1, 37). Comenzó entonces el cambio de la tristeza en gozo, de la angustia en serenidad, de la desesperanza en esperanza. Las tres fases del Ángel de la Anunciación a María son significativas: *«Alégrate»*, *«No tengas miedo»*, *«Para Dios nada es imposible»*. Continúa en la historia esta profunda invitación de Dios a la alegría, la serenidad y la esperanza.

¿Cómo serán los tiempos nuevos que el Espíritu ha reservado para nosotros? ¿Cómo serán los tiempos nuevos que nosotros mismos, como instrumentos del Espíritu, prepararemos para el futuro? Todo depende del plan de Dios, descubierto en la contemplación, aceptado en la pobreza y realizado en la fortaleza de la disponibilidad.

María nos acompaña. Ciertamente son momentos duros y difíciles, pero claramente providenciales y fecundos, adorablemente momentos de gracia extraordinaria. Humanamente absurdos e imposibles. Pro lo imposible para el hombre se hace posible para Dios. Así aseguó Jesús: *«Para los hombres, esto es imposible,*

pero para Dios todos es posible» (Mt. 19, 26). Así se manifestó el Señor a Abraham (Gén. 18, 14) y lo repitió el Ángel a María (Lc. 1, 37). Así también lo comprendió Job, en la fecunda experiencia de dolor, y lo manifestó en su última respuesta al Señor: *«Sé que eres todopoderoso y que ningún plan es irrealizable para ti»* (Job 42, 2).

Sólo hace falta que vivamos en la esperanza; por eso mismo en la pobreza, la contemplación y la fortaleza del Espíritu. Más concretamente aún, en la humildad, gozosa y total disponibilidad de María, la Virgen fiel, que dijo al Padre que Sí y cambió la historia. Por eso ahora – alumbrada por el Espíritu y Madre del Salvador – es para nosotros Causa de la alegría y Madre de la Santa Esperanza.

En María y con María, la Iglesia – que acoge en la pobreza la Palabra de Dios y la realiza (Lc. 11, 28) – vive silenciosa y fuerte al pie de la cruz pascual de Jesús (Jn. 19, 25) y canta felicísima la fidelidad de un Dios que siempre sigue obrando maravillas en la pequeñez de sus servidores.

Y espera en vigilia de oración al Señor que llega (Mt. 25, 6). *«Si, pronto vendré. ¡Amén! ¡Ven Señor Jesús!»* (Ap. 22, 20).

DOC 16 – Buenos Aires. Acción Católica Argentina, 1976.